munes y más sólidas; que estén al tanto de las dificultades más populares que contra ellas se levantan, así como de la manera de disiparlas y que, viendo cuán victoriosamente se disipan, aprendan á tenerles más amor y estimación. Un joven que ha de presentarse en reuniones cu!tas, no puede hoy prescindir de tales conocimientos, á menos de caer, tarde ó temprano, en las redes de sus propias dudas ó en los lazos que incesantemente le tienden los incrédulos y herejes, quienes maquinan con tanta perfidia contra la Fe Católica. Hasta las doncellas, que algún día tendrán que estar presentes en las tertulias, tienen necesidad de una instrucción más seria y profunda, á fin de que lo que era primeramente educación y sentimiento de piedad, sea además convicción, principio y discurso. De aquí el deber de los padres cristianos de proveer á sus hijos diligentemente de todo esto; y contra el error y la ignorancia no hay más escudo que la verdad y la ciencia.



CAPITULO III.

De qué modo debe estudiarse y practicarse la Religión.

I.—Cuáles deben reputarse como medios en la educación.—II. Modo de aleccionar á los hijos en la Religión.—III. Continúa la instrucción de los jóvenes. IV. Frecuentar la parroquia.—V. Excusa que se alega para no enviarlos á la instrucción parroquial.—VI. Primera confesión.—VII. Elección de Confesor.—VIII. Asistencia á la Santa Misa.—IX. Primera Comunión.—X. Solemnidad de la Primera Comunión.—XI. Confirmación.

T

Entremos, pues, á señalar el modo con que los padres pueden cumplir este deber, que para con sus hijos é hijas les incumbe. Algunos ligeramente escogen un establecimiento de educación, al cual encomiendan el completo desempeño de su cometido. Otros han confiado esa obligación á religiosos ó religiosas y también á otros profesores, ó profesoras, que, go-

zando de toda su confianza, los han aligerado hasta cierto punto de tan grave peso. Pues á estos padres debo recordarles solamente tres cosas: la primera es que escojan precisamente y den la preferencia à aquellos profesores que levantan en su corazón la religión, lo mismo que su enseñanza y ejercicio, sobre todos los otros conocimientos que sirven de utilidad y de ornato á la juventud. Además, que es de notarse el grave desorden que habría en contentarse con maestros menos piadosos, á título de la fama de excelentes que disfruten en su arte, pues aun cuando tuviesen letras, ciencias, lenguas, conocimientos variadisimos de todo género, el Espíritu Santo nos asegura que no hay ciencia sobre la del temor divino. "Quam magnus qui in venit sapientiam et scientiam, sed non est super timentem Deum." (1-Eccl. 29, 13.) Pero, replican algunos: "á esto provee después el profesor de Religión; ioh, cuán simples son los padres que creen, con una media hora de escuela fria dos veces por semana, poder educar un corazón en la piedad! Y sin embargo, tales escuelas pululan hoy dia, se multiplican, son frecuentadas y tienen fama. Conocemos jovencitos que en ellas aprenden todos los halagos de la sensualidad; niñas que en galas y coqueterías, rivalizan con las modistas; unos y otras saben al dedillo las historias de los Emperadores romanos, de los Faraones de Egipto, de los Kanes, de los Califas, de los Bracmanes y de los Lamas; y sin embargo, no conocen la necesidad del dolor para confesarse bien é ignoran la explicación del Credo y de! Padre Nuestro. ¡Y después de esto nos quejamos de que todo lo bueno esté postergado y la sociedad en completo desorden!

La segunda cosa es. que se aseguren de vez en cuando, no sólo del provecho literario y científico de los hijos, sino mucho más de si adelantan, al menos con igual paso, en los conocimientos va dichos; lo que no es ni siquiera difícil si siguen la regla dada por Jesucristo, de conocer el árbol por sus frutos. Si les véis crecer negligentes respecto de Dios, de la Iglesia, de los deberes de la piedad, mundanos, vanidosos, entregados al placer, desconfiad mucho; pero si despunta ya en sus labios el desprecio de Dios, la idolatria del mundo, el libertinaje, la ambición, arrancadlos de esas garras antes que acaben por herirlos. Finalmente, cuando hayáis encontrado profesores que merezcan vuestra confianza, cooperad eficazmente á su tarea, informándoos con solicitud con ellos mismos y secundando sus esfuerzos con premios, con castigos, con reprensiones, con elogios y estímulos según la razón os lo dicte. Creer que se ha satisfecho toda deuda para con los hijos, confiándolos á buenos profesores, es reducir la paternidad á límites demasiado estrechos.

II

Para aquellos, pues, que los tienen en la casa, así también como para los que los pongan al cuidado de otros, pero de los cuales, por su tierna edad, no pueden El Mentor.—5 todavía fiar por completo, existe un magisterio que les pertenece enteramente y que voy á señalar aquí en seguida.

Deberían los padres, y sobre todo las madres cristianas, desde el momento que Dios les haga la merced de algún hijo, ofrecerlo desde luego por manos de la Virgen á aquel Jesús que tanto amó á los pequeñuelos, que deseaba tenerlos cerca de sí, que los acariciaba cuando las madres se los presentaban, y que tan dulcemente los bendecía. Así ofreció María su Unigénito al Padre Celestial, y así han obrado en todos tiempos las madres verdaderamente cristianas. Es necesario renovar esta oferta cuando el pequeñito ve la primera luz del día y debe confirmarse de nuevo con plenitud de afecto en la fuente bautismal, rogando á Dios de todo corazón que lo acepte como suyo y que jamás permita que llegue á manchar la bella estola de la inocencia de que fué revestido en el santo Bautismo. La reina Doña Blanca, madre de San Luis, Rey de Francia, pidió con tanto fervor á Dios que hiciese morir mil veces á su hijo antes que permitir que se contaminase con alguna culpa, que, según se lee en su vida, conservó limpia hasta la muerte esa estola de la inocencia. Cuando el pequeno llegue á la edad de hablar, más bien que poner en sus labios las simplezas que muchos acostumbran, deberiais, ; oh, padres! aspirar á la gloria de que sus primeras palabras fuesen los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Llega después el tiempo en el que, si no es posible darle un conocimiento perfecto de la Religión, se puede al menos preparar su corazón para que ame á Dios, si dable fuera, aun antes de conocerlo. Por la noche, acercad á sus labios las imágenes del Crucifijo y de la Virgen, acostumbrándolo á no irse á descansar sin haberse. por decirlo así, despedido de ellas y por la devota reverencia con que manejáis tales objetos, que vean y aprendan, si bien de una manera confusa, lo que se les debe; así, junto con la leche, habrán bebido la piedad sincera. Después, cuando ya despuntan los primeros albores de la razón, haced que desde luego resplandezca Dios en aquellas tiernas inteligencias. San Luis Gonzaga se alegraba alguna vez santamente de que cuando conoció al Señor, se le había ya ofrecido con todo su afecto. ¡Oh, cuánto podrían las madres facilitar á sus hijos una acción tan digna, provocando en ellos actos hermosos! Y no sólo esto, sino ya desde ahora debéis informarlos en el conocimiento de la Religión. Más adelante diré de qué modo pueden y deben extenderse con más amplitud á todo lo que mira á las buenas costumbres y á la piedad. Insistiendo sólo por el momento en el estudio de la Religión, es tiempo de que se les ponga en la mano el Catecismo, que aprendan de memoria las preces comunes, si no es que las han aprendido ya y la parte más sencilla de aquel que contiene las verdades estrictamente necesarias para la salvación. Este, que es el más sublime de todos los libros, debe ser el primero que manejen y conviene exigirles con toda severidad el cumplimiento de tan grande obligación.

III

A lo que aprenden de memoria, hay mucho que añadir de viva voz, la explicación, sobre todo, de las cosas que se les enseñan, hecha con solicitud, con amor, con respeto. Y para tal fin, les sirve leer con algún cuidado un Catecismo más extenso y ordenado como los de Belarmino, Ferrero, Turlot, Reggio, Raineri, el cristiano instruído por Segnerí, las instrucciones catequisticas de Monseñor Bronzuoli y otros libros por el estilo. (1) De esta suerte, podrán las madres, dar diluído en la leche aquel manjar sólido que los hijos no son capaces de digerir á causa de su edad demasiado tierna. Mas no sólo se puede enseñar el Catecismo, sino que los padres instruídos hallarán un campo vastísimo para sus instrucciones en esta materia, haciendo conocer á sus hijos las máximas propias de la Religión, las postrimerías que nos aguardan, y en particular la vida de Jesucristo. Pasarán aquí revista á sus milagros, á sus ejemplos, á la doctrina que nos expuso en sus parábolas y á las enseñanzas que nos dejó en sus misterios. En el adviento se ocuparán con fruto de la Santa Infancia de Jesús: en la Cuaresma, con más especialidad de su sacratísima Pasión, de la

gloria de su Resurrección y sobre todo y siempre, del amor que nos ha tenido y que nos demuestra en el Santísimo Sacramento. Mucho hay también que decir de la gloriosa Virgen María, cuya devoción importa en extremo que adquieran desde los primeros días. San Alfonso de Ligorio, Segneri, Robesti, Gallifet, Crasset, Duquesne, y otros autores no escasos, suministrarán argumentos y ejemplos para engendrar en aquellos ánimos sencillos, una piedad filial hacia María. Son también de inmensa utilidad los que se toman de las vidas de los Santos, pues en esa edad están ansiosos los niños de historias y de anécdotas. ¡Oh, si en vez de ciertas patrañas y falsos prodigios que se les cuentan, se recordasen aquellos ejemplos tan provechosos, cuán profundamente penetraria en ellos la piedad con la Religión!

IV

Todo esto lo deberíais hacer por vosotros mismos, oh, Padres de familia!; pero no os contentéis con sólo vuestra obra; valeos también de la cooperación de aquellos á quienes Dios ha puesto para gobernar su Iglesia. Las instituciones parroquiales y sobre todo los catequismos, son de la mayor importancia, y sería muy de desear que todos los frecuentasen. En algunos países se acostumbra hoy, por el contrario, que las personas más elevadas se abstengan por completo de enviar á ellas á sus hijos, con el pretexto de que se mezclan con los del más bajo pueblo, que en mayor número concurren. Ahora

⁽¹⁾ Entre nosotros podría recomendarse, entre otros muchos, el Compendio del Catecismo de Perseverancia del abate Gaune, la Religión demostrada por Balmes y el Catecismo explicado por García Mazo (N. del T.)

bien; que los párrocos cuiden de que, con ocasión del Catecismo, no haya desórdenes entre los niños y las niñas, es lo natural y debido; pero en cuanto al temor de que se mezclen y confundan los ricos con los pobrecitos, y los nobles con los plebevos, es tan ajeno á la piedad cristiana, que sería poco menos que escandaloso. La igualdad de todos los hombres, que en estos tiempos se predica en la sociedad, es una de las grandes iniquidades del mundo; pero la igualdad de los cristianos en el templo, es uno de los sublimes espectáculos de la verdadera piedad. Así como es uno mismo para todos e! Bautismo, una misma la Penitencia, la Eucaristía, v todos los Sacramentos, así es una misma la instrucción para formar el espíritu cristiano; y los párrocos son para con los fieles los naturales dispensadores de una y otros: deben, pues, las ovejas presentarse á ellos para ser apacentadas y antes bien, cuanto mayores son las prerrogativas de nacimiento, de honores y de jerarquía, tanta mayor solicitud deben tener los padres en mandar á sus hijos á las parroquias. Su solo ejemplo bastaría para mover con toda eficacia á los pobrecitos más negligentes.

V

Bien sé que no pocos dan como excusa para no hacerlo, la de que tienen el cuidado en la familia de que un sacerdote ó alguna otra persona capaz los instruya; y cuando así fuese, algo serviría; pero siempre será una verdad que se perdería completamente el bien tan grande del ejemplo. No es de poca importancia que el pueblo vea que los deberes que la Fe impone, los impone á todos igualmente. Mas, dejando esto á un lado, ¿es cierto, por ventura, que se dé esta instrucción privada, ó que se dé como conviene? Suponed solamente que el sacerdote que vive en la casa sea tratado como tal sacerdote, y que no haga en ella un papel secundario: sólo el servir de ayo á los niños, el ocuparse de su educación literaria, el acompañarlos, el conducirlos, el vigilarlos de continuo, y estar siempre con ellos, será bastante para engendrar entre ambos una especie de sociedad que no predispone en manera alguna, por no decir que hace á ese sacerdote absolutamente impropio para hablar con algún resultado de las cosas de Dios; á lo que debe añadirse que estos sacerdotes no tienen siempre la autoridad ni la experiencia de que se hallan dotados los que se ocupan especialmente en la dirección de las almas. De consiguiente, si un ayo puede y aun debe ser un auxiliar en la obra de la instrucción, no puede ser ni e! único ni el principal.

VI

En esta edad es cuando debe hablarse á los niños acerca de la confesión. No trataré aquí de lo que se requiere para hacerla bien; os supongo plenamente informados de esto, por los catequismos y sermones que hayáis escuchado; únicamente os indicaré algunos medios cuya eficacia es probada con los niños para disponerlos bien. Sea el primero, representar este Sacramento á esos tiernos entendimientos como un objeto sumamente apetecible. Permitirles la confesión, ha de ser un premio que les dáis como recompensa de su buen comportamiento. Junto con el deseo, conviene excitar en ellos el espíritu de compunción, por el que se persuadan de que van á recibir el perdón de sus culpas, lavando sus almas en la sangre preciosa del Divino Redentor: que después de ella deberán observar una conducta enteramente diversa: que desde ese momento pertenecerán á Dios de un modo especial, de suerte que formen en su mente estas dos ideas: que á la confesión va unida la gracia del Señor, y que á la confesión debe seguir un vivo esfuerzo para realizar la enmienda. Véase el camino que debería recorrer una madre cristiana para alcanzar tal fin, ya que nadie, mejor que ella, puede penetrar en el secreto santuario del corazón de un niño ó de una niña. Luego que estos hayan aprendido de memoria las principales verdades de la Fe, de que hemos hablado antes, y que sepan los actos del cristiano, proceda ella con el trabajo de muchos días á sugerirles el modo de implorar de Dios luz para conocer las propias culpas y gracia para detestarlas. Háganles después un examen práctico de las que suelen ser más comunes en esa edad, vean si han pecajo con el pensamiento, queriendo hacer algún mal, complaciéndose en él ó deseándolo, aunque después no lo hayan efectuado. "¿Cuáles han sido tus palabras,"

les dirán, arrogantes, coléricos, de imprecación, de murmuración ó de mentira?"

"Mira cómo haces tus oraciones, con qué regularidad, con qué devoción, en la casa y mucho más en el Templo; cómo obedeces á tus Padres y á tus maestros, cómo cumples tus obligaciones, así en la casa como en el colegio, en lo relativo á los estudios y tareas que se te imponen, y si eres modesto y prudente."

A las niñas hay que llamarles la atención acerca de la vanidad, del lujo, sobre todo del afán de exhibirse; á los jóvenes, se debe con sumo cuidado hacerles presentes los daños que traen consigo los juegos, las chanzas, los compañeros, las libertades, al menos aquellas de que la conciencia les remuerda. Adviértaseles después y siempre, dos cosas á los niños; á saber: que así como no serían responsables de callar alguna cosa por un simple olvido, así les causaría gravisimo daño el callar por vergiienza aquellas culpas, especialmente, que les causasen mucho rubor, puesto que, siendo mortales, en vez de recibir de Dios el perdón de ellas, gravarian su conciencia con un enorme sacrilegio.

Hecho de este modo el examen é inculcada empeñosamente la sinceridad de la Confesión con algún ejemplo adecuado é instruyéndolos acerca del profundo secreto en que permanecerá sepultado todo cuanto digan al Confesor, conviene ejercitarlos en el acto del conveniente dolor. Punto es éste en el cual, si yerran á menudo los adultos, con mayor frecuencia tropiezan los pequeños, muy lis-

VII

Así dispuestos, sólo falta que los llevéis con el Confesor. Creen algunos que en esa edad es igualmente bueno cualquier ministro de Dios: Si vosotros queréis creerme, escoged un sacerdote que, á las buenas maneras, reuna experiencia y solidez de espíritu no comunes, ya que, según es notorio á los sabios, nada es tan difícil como encontrar juntas á la vez la afabilidad que atrae y la prudencia que conduce al bien, como se requiere en el caso: que si esta primera elección casi siempre la tenéis que hacer vosotros, no puede decirse lo mismo en lo de adelante, si ha de respetarse en ellos la libertad que Dios les ha dado, y en que la Iglesia los ampara; punto en que pecan no pocos padres, y hasta los esposos entre si, los cuales se empeñan con palabras, con persuasiones y quiera Dios que no también con amenazas, en llevar á los hijos y á las hijas con aquel confesor que á ellos les agrada, aunque absolutamente no sea del gusto de quien ha de confesarse. Sin que valga á esos desgraciados demostrar repugnancia ó dificultad, porque el jefe de familia exige que todos pasen por ese desfiladero. Piensan algunos que así pagan una deuda de gratitud para con el sacerdote que, ó hizo algo en beneficio de la familia, ó manifestó por ella simpatía, y no tienen en cuenta que la confesión no es negocio de cumplimientos, y que ningún beneficio debe pagarse con el precio, bien caro, de la libertad de la conciencia. Juzgan otros, ne-

tos para cometer demasiadas culpas, pero á la vez muy poco instruídos en el deber de detestarlas. Hacedles, pues, comprender que esta es la clave de la Confesión, va que sin dolor nada vale lo demás, y en seguida representadles los motivos prácticos para excitarlo. Un Infierno merecido y un Paraíso perdido, ci han caído en alguna culpa grave, son los primeros, y éstos hay que ponderárselos con todo el detenimiento que merecen; pero lo que sirve sobremanera, es mostrarles sensiblemente el efecto de sus culpas con un Crucifijo en la mano. ¡Cuántos niños han derramado amargas lágrimas con sólo haberles hecho considerar ese espectáculo con la debida atención! Advertid por último, que ni en esta edad ni nunca, conviene reprochar á los jóvenes el uso de los sacramentos. Con demasiada frecuencia, por desgracia suelen padres irreflexivos echar en cara á sus hijos, cuando recaen en sus faltas habituales, lo inútil ó lo mal hecho de sus confesiones, supuesto que no sacan de ello ningún provecho; con cuyas palabras, no hay para qué decir la pésima impresión que en ellos tienen que hacer. pues así como los niños comprenden muy bien que después de la confesión no por ella se volverán impecables, así también se vuelven tímidos y vergonzosos; y por tal de no sufrir ese reproche, no se atreven ya á acercarse á los Sacramentos, y les pierden el afecto. Exhórteseles, pues, á sacar de ellos el mayor fruto; pero no se les condene por el fruto que no han obtenido.

ciamente, que el confesor se ofenderá si se van con otro y no advierten: que sospechar así de un confesor prudente, sería hacerle no leve injuria, pues el confesor es el primero que debe amar la libertad de los penitentes, y que si el confesor se ofendiera por ello, esto sería un motivo más para dejarlo. Algunos, finalmente, porque han puesto en un sacerdote su confianza, creen que deben tenerla también las demás; y no saben que si la confían, se puede inspirar, no puede imponerse á ninguno, pues lo cierto es que no todo hombre, aun cuando sea un santo, es á propósito para todos. El mismo Dios dispone de nosotros con grande reverencia "cum magna reverentia disponit nos." ¿Y por qué no habría de hacer lo mismo un padre con su hijo, una madre con su hija, un esposo con la consorte, y ésta con aquél?; Por que no dejarles completa libertad para escoger á aquél á quien pueden abrir todo su corazón y que puede ser para ellos instrumento de salvación? Teman quienes en este punto tiranizan la conciencia ajena, tener que responder delante de Dios de los sacrilegios que cometan esos infelices, privados de la libertad que les concede la Santa Iglesia. Sólo en el caso de que motivos verdaderamente gravisimos aconsejasen á la prudencia de los padres alejar á un hijo de un ministro de Dios, sería lícito, ciertamente, prohibirle acudir á él; pero jamás convendria imponerle otro, dejándole así siempre la plena libertad de escogerlo á su voluntad. Y para que esta libertad sea práctica, debéis decirles muchas veces: que en la

elección del confesor vosotros no os entrometéis y si ellos alguna vez tratan de cambiarlo, no argumentéis, no habléis, no los tratéis de veleidosos ó barrenderos de confesionarios; antes es suma prudencia la de los padres que no observan siquiera si lo han cambiado y que de vez en cuando los ponen casi en circunstancias de tener que confesarse con algún otro. Así imitarán la prudencia admirable de la Santa Iglesia que hasta á las religiosas, que no tienen facilidad de arreglar esto por sí mismas, quiere que los Pastores las provean, á su debido tiempo, de confesores extraordinarios.

VIII

En la época en que se dispongan para la Confesión, claro es que ya deben oir la Santa Misa los días festivos, y que, por lo mismo, los padres les han de haber hablado ya de ella muchas veces, v hécholes entender la grandeza de sus misterios, la reverencia con que es preciso estar en el Templo y el modo de asistir á ella con fruto; siendo, por cierto, no uno, sino muchos tales misterios, los cuales en no pocos libros se hallan explicados. Conviene, en general, que sepan: que en el sacrificio de nuestros altares se renueva el sacrificio mismo de la cruz; que las oraciones que en ese momento se recitan, tienen un valor especial, porque se hacen en unión del ofrecimiento que de sí mismo hace Tesucristo, y son por tanto altísimos los bienes que nos alcanzan. En algunos devotos trataditos se encuentran oraciones adecuadas para todas las acciones del Sacerdote; y bueno será que se los pongan en la mano, pues que de esa manera está la niñez menos expuesta á distraerse y á volver por todas partes las miradas, como sucede á menudo. Sin embargo, este método, aunque el más propio, no es tan necesario que deba considerarse como el único válido para satisfacer el precepto. Las personas sencillas, que durante la misa se entretienen en rezar oraciones, hacen lo que basta, y conviene que esto se sepa, á fin de no engendrar en ellas erradas opiniones. Dos puntos hay que hacerles notar muy especialmente; el tremendo, à la vez que tiernisimo instante en que Tesús desciende á nuestros altares y en la elevación de la Hostia es presentado á los fieles para que lo adoren, y el momento en que el sacerdote consume el cuerpo y la sangre precisisimos de Jesús, para que, aun antes de que reciban el divino Sacramento, ya comiencen á desearlo y lo reciban espiritualmente. Entre todas las devociones que pueden infundirse en los niños, la de la Santa Misa ha de ser la primera, puesto que entre todas las plegarias, es la más solemne de las de la Iglesia, y contiene en sí misma. de una manera inefable, los motivos todos del Sacrificio.

IX

Mientras tanto, se acerca la época dichosísima en que un niño ha de recibir por la primera vez á su Dios y Salvador Jesús y unirse con El en la Santa Comunión. Algunos, para este acto, se contentan con llevarlos á un lugar piadoso en donde, durante varios días, se les vava preparando; lo que ciertamente es una excelente idea, y para todo el que pueda hacerlo debería ser la última y próxima disposición para acercarse á ella; pero eso no basta. Mucho tiempo antes conviene hablarles de esto ensalzando, como se debe, un dón tan soberano. Hay que representarles á lo vivo la grandeza y bondad de Dios que les otorga tan alta gracia; discurrir acerca de los efectos que la Comunión bien hecha produce en las almas, las disposiciones que deben acompañarla y cómo están obligados á mejorar y reformar sus costumbres para recibirlo lo menos indignamente posible. Todo esto se ha de decir y repetir con frecuencia, á fin de que, con el deseo y la estimación de un bien tan grande, nazca una viva solicitud para disponer el alma hacia él. Después, cuando está va completa la instrucción religiosa y ha llegado el tiempo oportuno, es útil, entonces, como se ha dicho, que en la mayor quietud y soledad de una casa piadosa se retiren à prepararse pocos dias antes.

Pregúntase, por muchos padres sobretodo, cuál sea la edad en que deban hacerlos acercarse á la Sagrada Mesa. Haciendo á un lado las varias respuestas que muchos dan, eso depende de la mayor ó menor capacidad de entendimiento que muestran los niños. Algunos son bastante capaces á los diez años, otros apenas lo serán á los doce, y otros quizá solamente á los catorce. Por regla general, conviene inclinarlos á que lo hagan

cuanto antes lo aconseje la prudencia, á fin de que Jesús pueda tomar posesión de aquellos corazones todavía virgenes, y á lo menos antes de que en ellos se haya asentado el reinado de la culpa.

X

La fiesta, empero, de la primera comunión, sí debe ser solemne por razón de quien la hace, no debe serlo sólo por él, sino que en ella ha de tomar parte toda la familia. Se ha de celebrar día tan augusto lo más que se pueda, con obsequios de carácter piadoso, con trajes de gala, con caricias muy particulares para que aun estas circunstancias extrínsecas hagan de él un día memorable para toda la vida.

Un autor moderno, escribiendo acerca de esto, tuvo mucho empeño en representar cuán bien sienta á una jovencita el vestido blanco y el velo que en tales actos se acostumbra. ¡Desgraciados de nosotros si estos son los pensamientos que en aquellos momentos nos embargan! Una cosa es que los adornos exteriores, que hablan tan vivamente á los sentidos, deban también concurrir á hacer impresión en los ánimos juveniles, y otra cosa es que el cuidado ue tales adornos sirva para divagarlos de lo principal. Deberían en ese momento los ninos estar tan profundamente penetrados de lo que hacen, que no les fuera dable pensar en otra cosa y así será si se ha prevenido al intento lo que conviene; de otro modo, sería mejor mil veces no

emplear esos medios, que tenerlos tan abiertamente contrarios al fin para el que se emplean.

XI

Queda, por último, un Sacramento que en esa edad debe también recibirse: á saber, la Confirmación, la cual se descuida por muchos de dos maneras, pues, mientras unos, pudiendo, no lo hacen administrar á los pequeñuelos que están á punto de morir, privándolos así por toda la eternidad del carácter especialísimo de soldados de Jesucristo, lo que sería para ellos un aumento de gracia y de gioria para Dios, la descuidan otros dejándolos llegar hasta una edad avanzada sin fortalecerlos con un sacramento que seria de tanta eficacia para animarlos en el combate que deben sostener contra el mundo, tan encarnizado en nuestros dias contra la virtud. Vosotros, pues, no caigáis en tales errores y lo más pronto que de ello sean capaces y después de disponerlos lo mejor que os sea posible, de modo que conozcan el sacramento que se les administra, haced que reciban la santa Confirmación.